

Nuestro tiempo

David Zuluaga Martínez

Hay un tiempo que no nos pertenece: el tiempo del mundo en su inapelable indiferencia. En ese tiempo, en

*esa inmortalidad infatigable
que anonada con silenciosa culpa las razas
y en cuya herida siempre abierta
que el último dios habrá de restañar el último día,
cabe toda la sangre derramada.*¹

Es el tiempo de Dios —no el que Él habita (insistirá un tomista en que la eternidad divina consiste en estar fuera del tiempo, no en extenderse infinitamente en él) sino el que observa—, el que sirve de escenario para la tragicomedia de la creación. Es el tiempo *sub specie aeternitatis*.

Hay otro tiempo, singularísimo: el mío, el suyo. El tiempo existencial, llamémoslo. Es el tiempo a escala humana individual, compuesto de fragmentos de memoria y con fecha de expiración. Para el tiempo existencial, un siglo y una eternidad son casi lo mismo. En ese tiempo, el futuro no es equidistante del pasado, y el presente se arrastra con lentitud pasmosa, hecho de “las horas que limando están los días, / los días que royendo están los años”.²

Incontables han sido los intentos de reconciliar estas escalas tan disímiles del tiempo (¿es acaso uno solo, *el tiempo*?). Nos inquieta desde siempre el hecho de que el tiempo existencial se extinga sin que el tiempo cósmico se inmute. El texto más antiguo de que tenemos noticia, la épica de Gilgamesh, delataba ya esa angustia, que nos acompaña aún, que ha de acompañarnos siempre: ¿es

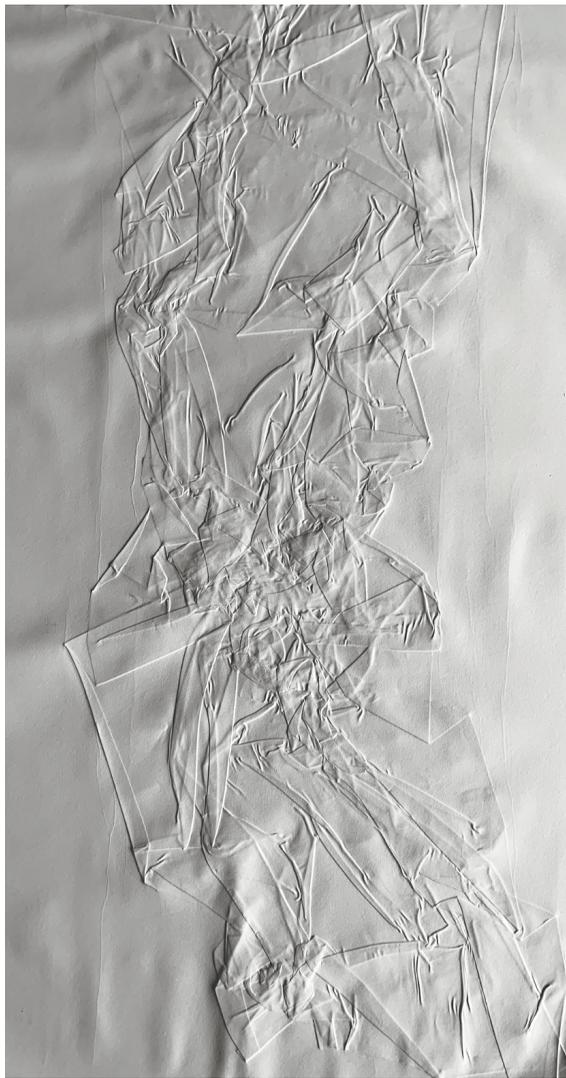
acaso posible derrotar a la muerte, fundiendo ambos tiempos en la vasta eternidad? Es de suponer que durante el cautiverio en Babilonia a oídos del pueblo judío llegó el rumor de Gilgamesh, en cuya historia estaba ya el diluvio universal que se reedita en el Génesis. Tal vez alentados por el fracaso de ese gentil que quiso derrotar a la muerte se haya acrecentado la fe en el Mesías. Y se dice, en efecto, que la muerte murió siendo Tiberio emperador, de golpe mortal que le asestó el hijo de un carpintero.

El anhelo de Gilgamesh resuena por los siglos de los siglos. Unamuno lo confesaba con franqueza peninsular:

tu esencia, lector, la mía, la del hombre Spinoza, la del hombre Kant y la de cada hombre que sea hombre, no es sino el conato, el esfuerzo que pone en seguir siendo hombre, en no morir.³

Pero me parece que hay dos formas muy distintas de no morir. La una, la obvia, es no morir, no morir nunca. Esa la descarta nuestra biología más allá de toda especulación posible. La otra, es morir para luego volver a vivir: el no-morir que es, en realidad, resucitar. Son dos eternidades muy distintas: la primera, sin quiebre alguno; la segunda, con el antes y el después de un acta de defunción.

¿Es acaso derrota de la muerte una eternidad mediada por la resurrección? Me parece que hay aquí una dificultad insuficientemente ponderada. Si hemos de creerle a ese testigo



Ana Bustamante. Geografías de lo que ha sido. El Retiro-Antioquia.

de excepción de la vida después de la muerte que es Dante, toda ella es una repetición incesante, para bien o para mal. En el infierno tanto como en el paraíso se vive como Sísifo: repitiendo, como mantra, las mismas acciones, unas dolorosas y otras gozosas, es verdad, pero las mismas, a fin de cuentas. No faltará quien objete que, en cambio, las almas que en el Purgatorio habitan harán algún día tránsito a mejor vida (¿o será mejor muerte?). Pero incluso esas ánimas benditas están congeladas en el tiempo también, porque su destino está tan sellado, tan inaltera-

blemente decretado *per saecula saeculorum*, como el de los condenados y los dichosos. En esa forma de eternidad que pasa por la muerte de la vida terrena no hay apelación ya posible después del último aliento: todo ha de darse conforme a los méritos que en vida se hayan hecho o a las culpas que en ella se hayan acumulado.

Me parece, pues, que es cierto, incluso en la esperanza de la vida futura, lo que de la muerte decía Malraux (no sé bien dónde, porque me llega de oídas, por Sartre): “La Muerte hace de la vida un Destino”. La concluye y sella, y no como al sepulcro aquel que se abriría al tercer día, sino de veras. La resurrección nada le resta al carácter definitivo, finalísimo, de la muerte.

En la muerte, la vida se hace destino porque quedan clausuradas todas las posibilidades futuras, incluso si cabe esperar una vida eterna que le suceda: aunque tal vez haya futuro cósmico no hay ya futuro existencial. No hay remedio. Desde este tiempo existencial que habitamos, el cosmos nos habla por vía de Píndaro: “¡Sueño de una sombra es el hombre!”.

Notas

- 1 “Rosas”, Jorge Luis Borges.
- 2 “De la brevedad engañosa de la vida”, Luis de Góngora y Argote.
- 3 *Del sentimiento trágico de la vida*, Miguel de Unamuno.

David Zuluaga Martínez estudió Filosofía en la Universidad de Harvard, de donde se graduó *magna cum laude*. Obtuvo luego un doctorado en Filosofía Política de la Universidad de Princeton, bajo la supervisión de Philip Pettit. David conduce, junto con Octavio Galvis, el podcast de filosofía *Urbi et Orbi*.